

Verdades y verdades a medias

La universidad de la ignorancia. Capitalismo académico y mercantilización de la educación superior

RENÁN VEGA CANTOR

Ocean Sur, Bogotá, 2015, 546 págs.

ESTE EXTENSO libro es producto de una investigación del profesor Renán Vega, adelantada durante su año sabático. El texto sostiene una tesis, resumida en la Introducción:

Se ocupa de estudiar la producción, consumo y adoración de un tipo específico de mercancía: “la educación” que se vende en diversos empaques y envolturas, como se ofrece cualquier mercancía de uso corriente, llámense salchichas, papas fritas, automóviles, detergentes (...). En efecto, la educación que se transforma en una mercancía se materializa en la venta de títulos universitarios, de cursos, de textos, de programas informáticos, de capacitación a distancia, de módulos (...). Es una mercancía singular, que se produce en esa “fábrica el conocimiento” que es la universidad, flexible y subordinada al mandato de los mercados y de los bancos, es decir, a diversas fracciones del capital [págs. 4-5].

Vega es historiador (con doctorado en la Universidad de París) y profesor de la Universidad Pedagógica Nacional (UPN) desde hace por lo menos dos décadas. Su trabajo se ha enfocado, desde una perspectiva marxista (yo diría, de corte leninista), en mostrar los graves desarreglos y las consecuentes injusticias que acusa el sistema capitalista periférico y en denunciar la permanente penetración del gobierno de Estados Unidos en los asuntos internos de Colombia. Vega ha construido un *sistema de juicios políticos* que se ha mantenido estable y una especie de *sistema teórico* del cual este libro es el cierre.

Se entiende su preocupación por la universidad, pues desde el Renacimiento se ha constituido en una compleja institución que, al margen del poder político, ha tratado de impulsar diversos cambios sociales con

su única arma: el conocimiento. Para Vega, la universidad en Latinoamérica –tanto la pública, como la privada– ha entrado en la lógica del neoliberalismo y, con ello, en su autodestrucción.

El libro está dividido en nueve capítulos. En los dos primeros, el autor analiza cómo la educación superior se ha convertido en mercancía, lo que ha llevado a la privatización del conocimiento y a la asignación de su nuevo rol en la división internacional del trabajo: como mera empresa de maquila para el capitalismo. En los capítulos tres y cuatro, ataca duramente a la llamada “sociedad del conocimiento” y a las nuevas tecnologías de la información y la comunicación. Los capítulos cinco, seis y siete buscan desenmascarar el “progresismo” de las universidades y cierta idealización de su función social. Reivindica el retorno a una universidad centralmente pública, gratuita y para el pueblo. El capítulo que me ha impactado más es el octavo, del que hablaré más adelante, y el último trata ejemplos de movilización social contra la universidad “mercantil” en México, Colombia, Puerto Rico, Chile y Canadá. El libro incluye al final un corto grupo de conclusiones, las notas complementarias de cada capítulo y una extensa bibliografía (cerca de 350 registros).

Del octavo, me conmueve en particular el aparte dedicado a la precarización laboral de los docentes. Vega retrata la progresiva transformación del docente universitario en lo que él llama “proletariado cognitivo”. El retrato es desolador. Revela con cifras la dimensión de esa precarización. La más grave tiene que ver con el profesor de cátedra, quién en los términos menos eufemísticos es el “profesor-taxímetro”: trabaja en varias universidades para lograr reunir un salario medianamente digno.

Vega señala que las todas universidades, incluidas las públicas, tienen plantas laborales en las que el setenta por ciento de sus docentes es del tipo “profesor-taxímetro” [pág. 414]. Su rutina es, por ejemplo: en la una facultad de comunicación social da a las nueve de la mañana clase de “Géneros periodísticos” y en una de Sociología dicta a las once “Historia colombiana del siglo XX”. Con memofichas, “carreta” memorizada con chistes y

ejemplos reiterados, videos, guías recicladas se defiende para no hacer el ridículo, mientras nombra monitores para que le ayuden a calificar decenas de trabajos de sus estudiantes.

Tal eserpento intelectual es una nueva creación de esa universidad mercantilizada, como señala Vega, y una muestra de la capacidad de las universidades para degradar a los profesores.

Los momentos del libro en los que el ejercicio dialéctico de Vega se destaca son precisamente aquellos en los que deja de ser programático y asume un carácter de exposición basado en razones. Por ejemplo, en el capítulo siete (“Las múltiples máscaras de la mercantilización educativa”) presenta casos específicos para demostrar que las universidades privadas han entrado en un ciclo problemático que pasa por reconocer su pérdida de brújula para establecer cuál es su papel en la sociedad.

En efecto, la versión perversa de la autonomía universitaria, expuesta en la ley 30 de 1992, ha conducido a que las universidades privadas impongan a su arbitrio en todo el ámbito de la educación superior sus propias leyes de regulación, sobre todo, en el tema económico. El hecho de que cuatro de ellas hayan aparecido salpicadas en el escándalo de Interbolsa da una pésima imagen de sus objetivos y su misión social.

Hay sin embargo un tema desafortunado con el que estoy en desacuerdo y en el que el profesor Vega es inamovible: él pulsa por la gratuidad en la educación superior. Políticamente, esta idea puede dar réditos entre estudiantes catecúmenos de un profesor de izquierda, pero no es realista, ni consecuente con la situación histórica de la universidad colombiana.

Colombia, a diferencia de México y Argentina, por citar dos ejemplos en América Latina, no logró constitucional ni legalmente consolidar en el siglo pasado la educación superior pública. Ya en los años treinta soportó el primer embate cuando los jesuitas fortalecieron la Universidad Javeriana de Bogotá para neutralizar las ideas de educación popular de Alfonso López Pumarejo y su “Revolución en marcha”. Luego, la universidad pública sufrió su segundo golpe con la funda-

RESEÑAS		EDUCACIÓN
ción de la elitista Universidad de los Andes en 1948, resultado de ese pacto interesado de caballeros oligárquicos liberales y conservadores que fue el Frente Nacional. El Ministerio de Educación Nacional, en manos de políticos de los partidos tradicionales, no logró consolidar una política pública para frenar la universidad privada. Esta se fortaleció en medio de la radicalización izquierdista de la universidad pública de los años sesenta y setenta y Antanas Mockus le dio su estocada de muerte a finales de los años ochenta con el esquema de financiación semiprivada para la Universidad Nacional. La ley 30 de 1992 cerró este capítulo desgraciado para la educación superior en Colombia en el siglo XX. La redactó el filósofo de la Universidad de los Andes Luis Enrique Orozco para la Asociación Colombiana de Universidades (Ascun). El profesor Pedro Agustín Díaz Arenas documentó esta telenovela repleta de intereses que fue la aprobación por el Congreso de esta ley en <i>Tras la universidad: ley, cartel y cascabel</i> (Bogotá, Editorial El Búho, 1996). Renán Vega se muestra partidario del éxito que obtuvo la Mesa Amplia Nacional Estudiantil (Mane) al frenar en 2011 la propuesta de una ministra de Educación de nulo perfil académico para reformar la ley 30. Sin embargo, hay que tomar en consideración que esa boicoteada propuesta de reforma pretendía exigir a las universidades privadas que cofinanciaran la educación superior pública y establecer un esquema de pago de matrículas concertado, no dejarlo al arbitrio del mercado. Creo que es mejor una reforma viable que la fantasía de una revolución socialista para alcanzar utopías. De todo este episodio, solamente quedó el programa “Ser pilo paga”, bastante publicitado por el gobierno Santos, pero de baja cobertura. Para finalizar, dos aspectos. Tienen un origen ideológico opuesto pero se encuentran uno con el otro (Borges tenía tanta razón: “los astros y los hombres vuelven cíclicamente”) y nos dan una dimensión del conjunto de equívocos e intolerancia que rodean el debate sobre la educación superior en Colombia.	De un lado, el rector de la Universidad Javeriana (en una entrevista con el periodista Mauricio Gómez) dice que las universidades se clasifican en “buenas” y “malas”. Allí da a entender que las “buenas” son las de renombre social (por eso pueden cobrar matrículas exorbitantes), y las “malas” las baratas de garaje y pésima calidad que reciben a jóvenes de sectores populares que no pueden entrar a las públicas. Indiferentemente de esta falacia, son malas las universidades que generan clasismo y prolongan la sociedad estamentaria; las que endeudan a las familias con matrículas impagables; las que no generan conocimiento para el desarrollo de la sociedad; las que invierten sus ganancias en el mercado financiero y el inmobiliario en lugar de hacerlo en beneficio de sus estudiantes; las que pagan mal a sus profesores; las que no tienen programas democráticos de inclusión para el posconflicto. De otro lado, la radicalización verbal de la que hace gala el autor de <i>La universidad de la ignorancia</i> puede llevarlo a perder la dimensión del problema. Podría ser acusado de <i>mamertismo</i>, esto es, de un discurso reiterativo, autorreferencial y agobiante. No estoy proponiendo que el profesor Vega se vuelva socialdemócrata, pero sí menos convencido de sus tesis apodícticas y más proclive al diálogo, a la actitud propositiva y a una investigación centrada más en problemas específicos, que en la persuasión ideológica, que en verdad poco aporta para la comprensión de lo que de por sí es complejo. Este es un aprendizaje metodológico –y retórico– que enseña Hegel en su <i>Lógica</i> (1816), cuando concluye: La verdadera refutación debe atender y entrar en la fuerza del contrincante y situarse en el ámbito de su fortaleza. Atacarlo fuera de él y mantener razón donde él no está, no fomenta el asunto. El profesor Vega debiera recordar que cuando escribimos como profesores y tenemos ascendiente en nuestros estudiantes, los juicios deben ser cuidadosos y equilibrados y no está mal desdecirse o dar un marco de relatividad a las tesis que exponemos. Si tuviéramos la revelación de la Verdad, no habría diálogo ni matices, ni opcio-	nes de interpretación. El atroz capítulo de la intolerancia que abrió Laureano Gómez en los años 50 con su odio a las ideas del Otro, debe cerrarse ya. Uno también puede estar equivocado. Carlos Sánchez Lozano